

indicaba qué productos dejaban ganancias y cuáles pérdidas: además daba los precios de venta. En su casa, cada criado, cada animal, cada cultivo, hasta cada herramienta, tenía su página, sus dos columnas, el *Debe* y el *Haber*.

—Al menos—dijo con su ruidosa risa—sé cómo me arruino.

Pero se interrumpió para jurar entre dientes. Desde un minuto antes, á medida que el cabriolet avanzaba, intentaba darse cuenta de una escena que se desarrollaba á lo lejos, á orillas del camino. A pesar de ser domingo, había enviado allí para aventar una parva que corría prisa, una aventadora mecánica de un nuevo sistema, comprada recientemente. Y el mozo, no conociendo á su amo en aquel carruaje desconocido, continuaba burlándose de la máquina con tres campesinos que había detenido al pasar.

Estos examinaban la máquina como si fuera un animal falso, y uno de ellos declaró:

—Todas estas son invenciones del diablo contra el pobre mundo..... ¿Qué van á hacerse nuestras mujeres si se prescinde de ellas?

—¡Anda y que se fastidien los amos!—añadió el criado dando una patada á la máquina.—¡Toma, cascajo!

Hourdequin había oído. Sacó violentamente el cuerpo fuera del carruaje y gritó:

—Vuélvete á la granja, Ceferino, y que te den tu cuenta.

El criado se quedó estupefacto, y los tres campesinos se fueron riendo de un modo insultante y burlándose en voz alta.

—Ahí tenéis—dijo Hourdequin dejándose caer

sobre el asiento.—Ya habéis visto..... Se diría que nuestras herramientas perfeccionadas les quemaran las manos. Por otra parte me tratan de burgués.

El cabriolet, al acabar la cuesta, entraba en Rognes por la calle de Bazoches-le-Doyen, cuando el diputado apercibió al abate Godard que salía de casa de Macqueron, donde había almorzado aquel domingo después de la misa. Volvióse á acordar de su reelección, y preguntó:

—¿Y el espíritu religioso en nuestros campos?

—¡Oh! ¡prácticas, pero en el fondo nada!—respondió negligentemente Hourdequin, que no practicaba.

Hizo parar el carruaje delante de la taberna de Macqueron, que estaba en la puerta con el abate, y presentó á su acompañante. Celina, muy limpia, con su traje de percal, acudía llevando delante á su hija Berta, la gloria de la familia, vestida de señorita con su traje de seda. Durante aquel tiempo, la aldea, que parecía muerta, como empezeada por aquel hermoso domingo, se despertaba sorprendida por aquella visita extraordinaria. Por todas las puertas asomaban campesinos, y los niños salían cogidos á las faldas de sus madres. Sobre todo en casa de Lengaigne había mucho disgusto; él alargaba la cabeza con su navaja en la mano, y su mujer, Flora, deteníase al pesar cuatro sueldos de tabaco, llenos de rabia al ver que aquellos señores bajaban á la puerta de su rival. Y poco á poco acercábanse las gentes, se formaban grupos, y Rognes sabía ya de un extremo á otro el gran acontecimiento.

—Señor diputado—repetía Macqueron muy turbado—es verdaderamente un honor.....

Pero el señor de Chedeville no le escuchaba, encantado de la linda cara de Berta, cuyos claros ojos ojerosos le miraban atrevidamente. Su madre decía su edad, contaba dónde había hecho sus estudios, y ella misma, sonriente, saludando, invitaba á entrar al caballero, si es que se dignaba.

—¡Cómo no, hija mía!—exclamó éste.

Durante todo esto, el abate Godard suplicaba á Hourdequin una vez más que decidiese al Ayuntamiento á votar una consignación para que Rognes tuviera un cura fijo. Cada seis meses hablaba de ello y daba sus razones: su fatiga, sus continuas cuestiones con el pueblo, sin contar el interés del culto.

—¡No me digáis que no!—añadió vivamente al ver al dueño de la granja hacer un gesto evasivo.—Hablad; espero la contestación.

Y en el momento en que Chedeville iba á seguir á Berta, se precipitó hacia él y le detuvo.

Perdón, señor diputado. ¡La pobre iglesia está aquí en tal estado!... Quiero que la veáis, porque es menester que me consigáis algunas reparaciones. No me hacen caso..... Venid, venid; os lo ruego.

Muy aburrido el antiguo elegante resistía, cuando Hourdequin, sabiendo por Macqueron que muchos de los concejales estaban en el Ayuntamiento esperando hacia media hora, dijo:

—Eso es, id á ver la iglesia..... Así mataréis el tiempo mientras yo despacho, y me volveréis á llevar á mi casa.

Chedeville tuvo que seguir al abate. Los grupos habían aumentado, y muchos se pusieron en marcha detrás de él. Todos tenían que pedirle algo.

Cuando Hourdequin y Macqueron llegaron á la sala de la alcaldía, encontraron allí tres concejales, Delhomme y otros dos. La sala, una vasta pieza blanqueada con cal, no tenía más muebles que una gran mesa de pino y doce sillas de paja; entre las dos ventanas que daban á la calle había un armario que servía de archivo, y alrededor de los muros, y sobre tablas, apilábanse mangas para incendios, regalo de un vecino que no sabía dónde colocarlas, y que sólo servían de estorbo, porque no había bomba.

—Señores—dijo cortésmente Hourdequin—os ruego que me dispenséis, porque he tenido que almorzar con el señor de Chedeville.

Nadie contestó, y no se supo si aceptaban aquella excusa. Sin embargo, habían visto por la ventana llegar al diputado, y la elección próxima les interesaba; pero no había por qué hablar de prisa.

—¡Diablo!—declaró Hourdequin.—Si no somos más que cinco, no vamos á poder tomar ninguna resolución.

Felizmente entró Lengaigne. En un principio había resuelto no ir á la sesión, porque no le interesaba la cuestión del camino y esperaba que su ausencia impediría la solución. Pero llenándole de curiosidad la llegada de Chedeville, se decidió á subir para saber.

—Bueno, ya somos seis y podremos votar—dijo el alcalde.

Y habiendo entrado Lequet, que hacía de secretario, con el libro de actas debajo del brazo, nada se oponía ya á que se abriera la sesión. Pero Delhomme se había puesto á hablar con su vecino Clou, el albéitar, un hombre alto, seco y moreno.

Como les escuchaban, se callaron. Sin embargo, les habían oído un nombre, el del candidato independiente, el señor Rochefontaine. Estaban por el orden, por la obediencia á las autoridades que aseguraban las ventas. ¿Se creía aquel señor más fuerte que el Gobierno? ¿Es que él iba á hacer que el trigo subiera á treinta francos el hectolitro? Era mucho aplomo enviar programas, prometer más manteca que pan. Llegaban hasta á tratarle de aventurero, de mal hombre, que quería robarles sus votos como si quisiera robarles sus dineros. Hourdequin, que habría podido explicarles que Rochefontaine, librecambista, profesaba en el fondo las ideas del Emperador, dejaba á Macqueron mostrar su celo bonapartista y á Delhomme hablar con su buen sentido de hombre de pocos alcances, mientras que Lengaigne apuntaba, gruñendo en un rincón, sus raras ideas republicanas. Aunque no hubiera sido nombrado ni una vez Chedeville, todo lo que se decía lo señalaba, y era como bajar la cabeza ante su título de candidato oficial.

—Vamos, señores—dijo el alcalde—comencemos.

Estaba sentado delante de la mesa, en su sillón de presidente, una silla de respaldo más ancho, con brazos. Sólo el teniente se sentó á su lado. Los cuatro concejales permanecieron en pie, dos de ellos junto á una ventana.

Lequen había pasado al alcalde un papel y le habló al oído; después salió dignamente.

—Señores—dijo Hourdequin—he aquí una instancia que nos dirige el maestro de escuela. Fué leída. Era una solicitud pidiendo un au-

mento de treinta francos al año, fundándose en la actividad que desplegaba. Todos los rostros se contrajeron: mostrábase avaros del dinero del Municipio, como si ellos tuvieran que sacarlo de sus bolsillos, sobre todo en lo que se refería á la escuela. Sin discusión fué denegada.

—Bueno, le diremos que espere. Tiene mucha prisa ese joven..... Y ahora hablemos del camino.

—Dispensad, señor alcalde—interrumpió Macqueron;—yo quería decir algo acerca de la parroquia.....

Hourdequin, sorprendido, comprendió entonces por qué el abate había almorzado en casa del tabernero. Por lo demás, aquella proposición tuvo la misma suerte que la del maestro de escuela. No se era bastante ricos para pagar un cura propio, y verdaderamente no era honroso contentarse con las sobras de Bazoches-le-Doyen. Todos se encogían de hombros y preguntaban si por ello sería mejor la misa. ¡No, no! había que hacer reparaciones en el presbiterio, y un cura propio costaría muy caro; media hora de otro, los domingos, bastaba.

El alcalde, disgustado por la iniciativa de su teniente, concluyó:

—No ha lugar; el Ayuntamiento ha decidido ya..... Y ahora á nuestro camino; es preciso acabar..... Delhomme, llamad á Lequeu. ¡Si creerá ese animal que vamos á estar deliberando sobre su carta hasta la noche!

Lequen, que esperaba en la escalera, entró gravemente, y como no le hicieran saber el resultado de su petición, se quedó inquieto, murmurando sordos insultos: ¡ah! ¡aquellos campesinos, qué raza más mala! Fué al armario á coger el

plano del camino y lo extendió sobre la mesa.

El Ayuntamiento conocía muy bien aquel plano, que andaba rodando hacia algunos años. Pero no por esto dejaron de aproximarse todos, examinándole una vez más. El alcalde enumeraba las ventajas que tenía para Rogues: una pendiente suave que permitiría á los carruajes llegar á la iglesia; se ganaban dos leguas sobre el actual camino de Chateaudun, que pasaba por Cloyes, y el pueblo no tendría más que tres kilómetros á su cargo, pues los vecinos de Blangy habían votado ya el otro trozo hasta el empalme con el camino real de Chateaudun á Orleans. Escuchábanle con los ojos fijos en el papel y sin que se abriese una boca. Lo que había impedido que no fracasara el asunto había sido la cuestión de las expropiaciones. Cada cual veía en ello su fortuna, inquietándoles saber si tocaría á sus tierras. Lo demás les importaba poco. Se burlaban de la pendiente suave y del camino más corto. ¡Aquello era cuenta de sus caballos!

Así, Hourdequin no tenía necesidad de hacerles hablar para conocer sus opiniones. Él no deseaba tan vivamente aquel camino sino porque pasaba por delante de la granja y beneficiaba á gran parte de sus tierras. Por la misma razón, Delhomme y Macqueron, cuyos terrenos quedaban á la orilla, trabajaban porque se votase. Ya eran tres; pero ni Clou ni el otro concejal tenían interés en el asunto; y en cuanto á Lengaigne, se oponía violentamente al proyecto, no teniendo nada que ganar en él, desesperado porque su rival el teniente ganaba algo. Si Clou y el otro dudoso votaban en contra, serían tres contra tres. Hourde

quin estaba inquieto. Al fin comenzó la discusión.

—¿Para qué sirve, para qué sirve?—repetía Lengaigne.—Ya tenemos un camino. Y es gana de gastar el dinero, tomándolo del bolsillo de Juan para meterlo en el bolsillo de Pedro..... Además, tú has prometido regalar tu terreno.....

Aquella ironía iba dirigida á Macqueron. Pero éste, que sentía amargamente su acceso de liberalidad, mintió con mucha frescura:

—Yo no he prometido nada..... ¿Quién te ha dicho eso?

—¿Quién? ¡pues tú!..... Y delante de gente. Mira, que lo diga Lequeu que estaba presente..... ¿Verdad, Lequeu?

El maestro de escuela, que estaba lleno de rabia, hizo un gesto de brutal desdén. ¿Qué le importaban á él aquellas historias?

—De modo—continuó Lengaigne—que ya no hay honradez en la tierra..... No, yo no quiero vuestro camino. ¡Eso es un robo!

Viendo cómo se ponían las cosas, el alcalde se apresuró á intervenir.

—Todo esto son habladurías. ¿Vamos á entrar en cuestiones personales?..... Sólo debe guiarnos el interés público, el interés común.

—Ciertamente—declaró prudentemente Delhomme.—El nuevo camino prestará grandes servicios á todo el término municipal..... Sólo que habría necesidad de saber..... El prefecto nos dice siempre: «Votad una suma, y ya veremos lo que el Gobierno puede hacer por vosotros.» Y si no hace nada, ¿á qué perder el tiempo en votaciones?

De pronto Hourdequin creyó deber lanzar la gran noticia que tenía en reserva.

—A propósito, señores, os anuncio que el señor de Chedeville se compromete á conseguir del Gobierno una subvención de la mitad de los gastos.... Ya sabéis que es amigo del Emperador. No tendrá más que hablarle de nosotros á los postres.....

El mismo Lengaigne quedó vencido, y todos los rostros tomaron una expresión de respeto como si pasara el viático. Y la reelección del diputado estaba asegurada; el amigo del Emperador era el bueno, el que se encontraba en la fuente de los empleos y del dinero; el hombre conocido, honorable, poderoso, el amo. Desde entonces todo el mundo bajó la cabeza.

Sin embargo, Hourdequin seguía en cuidado por la actitud reservada de Clou. Levantóse y miró hacia afuera, y habiendo visto al guarda de campo, le ordenó que fuera á buscar al tío Loiseau y que le llevase muerto ó vivo. Este Loiseau era un viejo campesino sordo, á quien habían nombrado concejal y que no iba nunca á las sesiones porque decía que le daban dolores de cabeza. Su hijo trabajaba en la Borderie y era afecto por completo al alcalde. Así que apareció, éste se contentó con gritarle al oído que se trataba del camino. Ya cada uno escribía su papelito. Después se procedió á la votación de la mitad de los gastos en una cajita de madera blanca, parecida á un cepillo de iglesia. La mayoría fué soberbia; de seis votos contra uno, el de Lengaigne. Aquel animal de Clou también había votado. Y se levantó la sesión después que todos firmaron el acta que el maestro de escuela había redactado de antemano, dejando en blanco el resultado de la votación. Todos se marcharon len-

tamente, sin saludarse, sin darse las manos, separándose en la escalera.

—¡Ah! se me olvidaba—dijo Hourdequin á Lequeu que seguía esperando;—vuestra solicitud de aumento de sueldo ha sido negada..... El Ayuntamiento encuentra que ya se gasta mucho en la escuela.

—¡Brutos!—exclamó el joven cuando se quedó solo. Idos á vivir con vuestros cerdos.

La sesión había durado dos horas, y Hourdequin encontró en la puerta de la alcaldía al señor de Chedeville, que volvía de su paseo por el pueblo. El cura no le había hecho gracia de ninguna de las miserias de la iglesia; el techo abierto, los vidrios rotos, las paredes desnudas. Luego, cuando se escapó al fin de la sacristía, que necesitaba ser repintada, los vecinos, envalentonados, se le habían disputado teniendo todos alguna reclamación que hacerle ó algún favor que pedirle; hasta una vieja después de haber arrastrado al diputado á su casa, le enseñó sus piernas hinchadas, preguntándole si en París conocía algún remedio para aquello. Mareado, sofocado, sonreía, prometiendo siempre. ¡Ah! era un buen hombre que no era orgulloso con la pobre genté!

—Y qué, ¿nos vamos?—preguntó Hourdequin.—Me esperan en la granja.

Pero precisamente Celina y su hija Berta acudían de nuevo á su puerta suplicando al señor de Chedeville que entrase un momento; éste no habría deseado otra cosa, respirando al fin consolado al volver á encontrar los lindos ojos de la joven.

—No, no—dijo el dueño de la granja;—no tenemos tiempo; otro día.

Y le obligó á subir al cabriolet, mientras que á una pregunta del cura, que seguía allí, respondía que el Ayuntamiento había dejado en el mismo estado la cuestión de la parroquia. El cochero arreó al caballo.

Quince días después el señor de Chedeville resultaba elegido por gran mayoría, y á fines de Agosto ya había cumplido su promesa y el Ayuntamiento recibía una subvención del Estado para las obras de la carretera nueva. Los trabajos comenzaron en seguida.

La noche del primer día de trabajo, Celina, tan flaca y tan negra como de costumbre, estaba en la fuente, ocupada en escuchar á la mujer de Becú que, con las manos metidas debajo del delantal, charlaba como una cotorra. Desde hacía una semana la fuente estaba en sublevación perpetua á causa del negocio de la carretera; no se hablaba más que del dinero que se había dado á algunos y de la rabia terrible que pasaban otros. Y la mujer de Becú tenía día por día al corriente á Celina de cuanto hablaba Flora Lengaigne; no por mortificarla ciertamente, sino por el contrario, para conseguir que se explicase y porque era la mejor manera de hacerla hablar y de oírla. Una porción de mujeres escuchaban también, olvidando sus quehaceres, con la boca abierta y los cántaros en el suelo.

—Vamos, os aseguro que ha dicho que eso ha sido un arreglo entre el alcalde y el secretario para robar unos terrenos, y ha dicho también que vuestro marido tenía dos palabras y hacía dos caras.....

En aquel momento Flora salía de su casa con

un cántaro en la mano. Cuando estuvo allí, tan gorda, tan floja, tan oronda como siempre, Celina, que fácilmente salía de sus casillas, puso los brazos en jarras y empezó á soltar sapos y culebras por su boca, poniéndola de vuelta y media, echándole en cara las puterías de su hija y acusándola á ella también de meterse en la cama con sus parroquianos; y la otra en cambio arrastraba las chancas, y llorando y gimiendo se contentaba con decir:

—¡Vaya una cochina!.... ¡vaya una cochina!

La mujer de Becú se interpuso entre las dos, quiso obligarlas á que hicieran las paces, á que se diesen un beso, cosa que por poco hace que se arrancaran el pelo. Luego dió otra noticia:

—¡Eh! ¿no sabéis que las hijas de Mouche van á recibir quinientos francos?

—¡Imposible!

Y en el instante olvidaron sus rencillas y sus insultos, y todas las mujeres se agruparon, dejando los cántaros, unos ya llenos, otros vacíos, al pie de la fuente. ¡Pues sí señor! la carretera pasaba por junto á las tierras de las hijas de Mouche y les tomaba cinco metros de huerta; á veinte francos de indemnización, la cuenta era bien clara, quinientos francos; y además la otra tierra adquiriría mayor valor. ¡Qué suerte!

—Pues entonces, Elisa se ha convertido en un buen partido, á pesar del chiquillo que tiene..... El demonio de Caporal ha tenido buena nariz y ha hecho bien en insistir.

—A menos—añadió malévolamente Celina—que Buteau no ocupe otra vez su sitio..... Su parte de huerta gana también mucho con esa carretera.

La mujer de Becú se volvió, y dándoles un codazo para que callasen, les dijo:

—¡Chist! ¡callad!

Era que Elisa llegaba á la fuente, alegre como unas castañuelas, con su cántaro debajo del brazo. Entonces comenzó el desfile por delante de la fuente.

## VI.

Elisa y Francisca, que se habían deshecho de la vaca rubia porque estaba demasiado gorda y no daba ya leche, decidieron ir aquel sábado al mercado de Cloyes con el objeto de comprar otra vaca. Juan se ofreció á llevarlas en un carrillo de la granja. Estaba libre aquella tarde, y el amo le autorizó para usar el carro, sin duda por consideración á los rumores de que Juan se casaba con la mayor de las hijas de Mouche. Y en efecto, la boda estaba decidida; por lo menos Juan había prometido ir á ver personalmente á Buteau á la semana siguiente, para plantearle el asunto. Uno de los dos; era necesario concluir.

Salieron, pues, del pueblo á eso de las dos, él en la delantera con Elisa, y Francisca sola en el otro banco. De cuando en cuando el joven volvía la cabeza para mirar y sonreír á esta última, cuyas rodillas, apoyadas en sus riñones, le daban calor. Era una lástima que tuviese quince años menos que él; y si se resignaba á casarse con la mayor después de mucho reflexionar y de muchas vacilaciones, debía ser, allá en el fondo, sólo por el gusto de vivir como pariente y al lado de la más

pequeña. Luego se deja uno ir. ¡Se hacen tantas cosas sin saber por qué, cuando se ha dicho uno algún día que las haría de buena gana!

A la entrada de Cloyes apretó el torno y lanzó el caballo al galope por la empinada cuesta del cementerio; y cuando desembocaba en la esquina donde se reunían la calle Mayor y la de Gronaise, con objeto de ir á parar y desenganchar el carro en la posada del Buen Labrador, designó brusca-mente la espalda de un hombre que iba por la calle de Gronaise.

—¡Mira, parece Buteau!

—Y lo es—declaró Elisa.—Sin duda irá á casa del señor Baillehache.... ¿Si por fin aceptará su parte?

Juan empezó á sacudir el látigo y se echó á reír.

—Tal vez; ¡es tan galopín y tan listo!

Buteau había hecho como que no los veía, aun cuando los vió llegar desde muy lejos. Se fué sin hacer caso, en tanto que los otros lo veían alejarse, pensando, sin decirselo unos á otros, que había llegado el momento en que pudieran explicarse. En el patio del Buen Labrador, Francisca que ya no había vuelto á decir palabra, bajó la primera por una rueda del carro. El patio estaba ya lleno de carros desuncidos, apoyados en sus varas ó en sus lanzas, y el edificio entero de la antigua posada hallábase animado por el bullicio y la actividad propios de un día de feria y de mercado.

—¿Vámonos por ahí?—preguntó cuando volvió de la cuadra, á donde había ido á llevar su caballo.

—Pues es claro; ahora mismo.